

ERRARE TRADUCTORUM EST

Como todo creador, el traductor literario es persona consciente de su esquizofrenia, la asume y en ella se procura su placer y su dolor. En España, además, ha de soportar un generalizado desprecio por su trabajo. No obstante, cualquiera que, desde la objetividad y el conocimiento, medite sobre la importancia que ha tenido y seguirá teniendo la traducción —no sólo la literaria, por supuesto—, ha de concluir por fuerza que sin ella sería imposible la oxigenadora ósmosis cultural que se da entre una civilización y otra, entre un país y otro. En el caso concreto del nuestro, y puestos a hacer ucronía ¿qué habría sido de la literatura castellana sin la contundente y larguísima lista de traductores que a ella han vertido lo mejor de otra literaturas? Cuesta creer que la acelerada amnesia histórica que padece España nos haya hecho olvidar que media Europa nos visitó para empaparse con las traducciones de la Escuela de Toledo, que cada espléndido periodo literario ha coincidido con una no menos espléndida pléyade de traducciones (Ezra Pound).

¿Qué alimento narrativo o poético hubiesen tenido muchas generaciones de españoles sin el espléndido esfuerzo —por limitaciones de espacio, concentrémonos a los últimos decenios— de traductores como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Consuelo Berges, Cortázar, Borges o tantos otros? Escritores que nos han servido en bandejas de plata exquisitos platos cocidos en otros hornos lingüísticos. Y, sin embargo..., la maldición bíblica ha caído sobre el humilde, grandioso e imprescindible oficio de traducir. En el fondo, quizá se trate de la milenaria venganza acaecida «después de Babel» que, implacable, llega hasta nuestros días, porque, a pesar de los pesares —léase, mastodóntica presencia del inglés—, la maldita ramificación lingüística sigue trayéndonos de cabeza.

Desde la ironía cáustica y desde el humor que le evita tener que echarse a llorar, Julio-César Santoyo* fustiga con toda razón a imposibles traductores, a la temeraria creencia de que para traducir basta con saber dos lenguas, a desaprensivos editores y a lectores indiferentes (también estos, evidentemente, tienen gran parte de culpa, porque sería revelador saber quiénes, tras pagar sus buenos dineros por un libro, se dirigen iracundos a los responsables de traidoras traducciones. Menudo trabajo tendría la tan necesitada figura de un Defensor del pueblo lector...).

El trabajo de Santoyo es el resultado de una paciente recopilación de los más desatinados desbarros que encontrarse puedan en los diferentes dominios de la cultura traducida (título, por cierto, de la lección inaugural que el autor de este libro, catedrático de lengua inglesa, pronunciara en la apertura del curso académico 83-84 en la Universidad de León): novela, teatro, periódico, canciones, cine, manuales de instrucción, etc.

En realidad, este hatajo de disparates, omisiones y añadidos es un aldabonazo contra la indiferencia normalizada del público consumidor de traducciones. El esfuerzo de Santoyo se añade al de un reducido, pero por fortuna contumaz coro de voces que clama contra la generalizada pasividad con que se acepta el producto de muchos seudotraductores que, en una sociedad de veras culta, podrían ser acusados de cleptómanos, cuando no de estafadores lisa y llanamente. Tras la lectura de este libro, es menos explicable aún que sigan sin constituirse tribunales de derechos culturales que habrían de juzgar los diarios atropellos que se cometen en nombre del noble quehacer de la traducción.

En 1937, Ortega y Gasset publicó en Buenos Aires una serie de reflexiones bajo el título

* Julio-César Santoyo. *El delito de traducir*. Universidad de León. 1985, 221 págs.

Miseria y esplendor de la traducción. Santoyo, invirtiendo la frase, empieza por dejar bien sentado que «mucho debe la historia de la cultura a su más ignorada comadrona. Y ése es el esplendor de la traducción que nadie podrá jamás disputarle» (p. 23).

Por lo tanto, y aunque la lista de errores podría ser interminable, con humildad —condición indispensable de todo traductor— habría que reclamar para su tarea la misma atención crítica que se concede al escritor y que, a la postre, cada palo aguantara su vela. También está empedrada la historia de la literatura de malos escritores y nadie pone en entredicho su bendito trabajo. En resumen, al traductor lo que es del traductor.

Esta antología de traiciones y omisiones interesa, sobre todo, a los amantes de la literatura inglesa que desean poder conocerla aunque fuese vertida al molde del castellano. Con este acopio de información, uno se siente armado de una cierta coraza protectora frente a editores mercantilistas que conceden menor importancia al menester de la traducción que, por ejemplo, al del técnico en fotocomposición (dicho sea con los consabidos respetos).

Confiemos con pertinaz empeño y optimismo en la posibilidad de la traducción y en la vocación y riesgo de quienes a ella se dedican olvidándose del sinsabor que produce su ignorada y denostada tarea.

Antonio Alvarez de la Rosa
Universidad de La Laguna.